

BABELIA 25.3.95

LA MORADA DEL ÚLTIMO ANARCA DE LAS LETRAS

L.M

Lo que más impresiona de los inmortales es precisamente lo mucho que tienen de mortales. El gozoso apetito frente al café con pastas, el dolor todavía sentido ante hostilidades y reproches por el pasado polémico, o la alegría por el coñac Lepanto. La aparición del famoso escritor centenario en su casa tiene algo del ritual de la aparición de un monarca en su trono: Se espera sentado en una sobria antesala, rodeado de libros de cuero muy antiguos y ediciones distinguidas, la llegada de este último monarca / anarca de las letras. Trono aunque sólo sea por todos los grandes nombres que fueron a aquella habitación a rendir pleitesía o cumplir peregrinaje. González, entre ellos. Recuerda el escritor, con vaga memoria, que se habló en francés, recuerda a la perfección, sin embargo, que el visitante le preguntó si le gustaban los toros, a lo que el escritor centenario respondió —en español—: “Soy aficionado”. España le trae el recuerdo de su pirata preferido —Contreras—, libro que va a recoger personalmente de la biblioteca y que trae junto con otra joya famosa: una conocida historia de la Inquisición española en cuatro tomos, en la edición alemana de 1827. Enjuto y derecho como una vela, el pelo inmaculadamente blanco y de una espesura todavía extraordinaria, nadie diría ante esa escueta figura que va a cumplir, en pocos días, 100 años.

En ningún instante perderá el hilo de la conversación, no se le notarán debilidades de memoria y se levantará de la mesa cinco o seis veces, con la agilidad del alpinista, para recoger un libro o comprobar un dato. A pesar de la edad bíblica, el centinela sigue vigilante: “Le ruego —dirá dos o tres veces- que trate usted con la debida precaución mis palabras, porque mis adversarios en seguida hacen de un ratón un dinosaurio”. “Stierlein” -diminutivo con el que siempre menciona en los Diarios a su esposa- está siempre presente: es báculo, diccionario de dudas, cordón umbilical y también instancia.